

**Una experiencia juvenilista y reformista
en el radicalismo de los años treinta:
Moisés Lebensohn y su actuación en Junín (1930-1937)**

*Sebastián R. Giménez**

Resumen

El presente artículo se propone como objetivo analizar una experiencia muy singular enmarcada en el radicalismo de los años treinta: nos referimos a la iniciativa juvenilista y reformista llevada adelante por Moisés Lebensohn en Junín. A través del análisis de este caso, pretendemos mostrar el complejo proceso de apertura que se produjo en la identidad radical luego de acontecido el golpe de estado que desplazó a Hipólito Yrigoyen de la presidencia. Las posiciones de Lebensohn ante los principales dilemas programáticos y estratégicos que afrontó la UCR en el contexto de la restauración conservadora, constituyen, en efecto, una vía privilegiada para acceder a las nuevas posibilidades habilitadas por la identidad radical en el período posterior al golpe setembrino.

Palabras clave: Unión Cívica Radical - Moisés Lebensohn - Década del 30 - Identidades políticas

Abstract

This article aims at analyzing a particular experience which took place within the frame of the Radicalism of the thirties: a fresh and reforming initiative carried out by Moisés Lebensohn in Junín. In the analysis of this case, we intend to show the complex opening process the Radical party's identity suffered after the coup d'état that removed Hipólito Yrigoyen from presidency. Lebensohn's positions in the face of the main programatic and strategic dilemmas faced by the Radical Civic Union in the context of conservative restoration are, in fact, a privileged means to access the new possibilities created by the identity of the Radical party in the period that followed the September coup d'état.

Key words: Radical Civil Union - Moisés Lebensohn - 30 Decade - Political identities

Recepción del original: 06/10/2015
Aceptación del original: 19/02/2016

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Universidad Nacional de La Plata (UNLP).
E-mail: sebasgim82@gmail.com

Introducción

El presente artículo se propone como objetivo analizar una experiencia muy singular enmarcada en el radicalismo de los años treinta: nos referimos a la iniciativa juvenilista y reformista llevada adelante por Moisés Lebensohn en Junín. A través del análisis de este caso, pretendemos mostrar el complejo proceso de apertura que se produjo en la identidad radical luego de acontecido el golpe de estado que desplazó a Hipólito Yrigoyen de la presidencia.¹ En efecto, si bien es cierto que la pérdida del poder en septiembre de 1930 condujo a la Unión Cívica Radical (UCR) a una situación de crisis, también lo es que esa situación crítica planteó una oportunidad para repensar las bases organizativas e ideológicas de este partido que, a cuatro décadas de su fundación, necesitaba, en la opinión de muchos de sus simpatizantes y dirigentes, una adaptación a los nuevos tiempos vigentes en la Argentina y el mundo. La puesta en cuestión del liderazgo de Yrigoyen y la necesidad de reorganizar el partido produjeron, de tal modo, un proceso de deliberación al interior de la UCR. En el trascurso de ese proceso se arriesgaron propuestas que difícilmente hubiesen podido ser concebidas cuando el partido estuvo en el gobierno y contó con sólidos liderazgos. La iniciativa de Lebensohn constituye un ejemplo de las novedosas formas de intervenir en el radicalismo que se dieron después del golpe setembrino, y es por ello que consideramos relevante detenernos en su exploración.

Conviene aclarar, empero, que no reconstruiremos exhaustivamente dicha experiencia. Partimos, en efecto, de una división de la trayectoria de Lebensohn en dos etapas: en la primera de ellas, comprendida entre 1930 y 1937, su accionar se concentró primordialmente en el radicalismo de Junín. La segunda etapa es, sin dudas, la más conocida: su comienzo puede situarse en mayo de 1938 con la realización en Córdoba del Primer Congreso Nacional de la Juventud Radical; en ese evento, organizado por los jóvenes sabattinistas cordobeses, a Lebensohn se lo designaría para ocupar el cargo de Secretario del Comité de la Juventud Nacional de la UCR. Ésta fue la plataforma que le permitió convertirse en referente de una nueva corriente al interior del partido, que demandó la democratización de sus prácticas y la actualización de su doctrina. La militancia en este espacio político lo conduciría más tarde, a mediados de los 40, a participar del Movimiento de Intransigencia y Renovación, y a ser uno de los principales dirigentes radicales del país.²

No es sin embargo esta segunda faceta la que aquí examinaremos, sino el período “temprano” de su trayectoria, cuando Lebensohn mostraría una vocación de apertura hacia nuevas formas de pensar y actuar en la UCR, que luego proyectaría a su liderazgo posterior. El presente artículo, por lo tanto, aborda los años comprendidos entre 1930 y 1937, y toma en consideración la actuación de Lebensohn en Junín. Nuestra atención no se dirigirá, empero, a exponer la dinámica local de su intervención política. Es decir, no intentaremos dilucidar la forma en la que el referente juvenil se insertó en la política de su ciudad, o las disputas y acuerdos que mantuvo con otras fracciones radicales del municipio. Aunque consideramos que esas problemáticas revisten gran interés, las abordamos aquí sólo en cuanto nos permitan alcanzar nuestro objetivo mayor, que consiste en analizar las posiciones adoptadas por Lebensohn en relación con los principales dilemas, tanto programáticos como estratégicos, que afrontó el radicalismo en el contexto

¹ En numerosas oportunidades se ha destacado la hibridez de las ideas e ideologías en la Argentina de los años treinta; sin embargo, resultan escasos los trabajos que se ocuparon de analizar cómo operó ese proceso al interior del radicalismo. Es en esta dirección que pretendemos avanzar en el presente artículo.

² La única biografía abarcativa sobre el político de Junín es la de José BIELICKY, *Moisés Lebensohn. El hombre que pudo cambiar la historia*, Buenos Aires, Lumiere, 2009. Si se tiene en cuenta que fue una figura muy evocada por la UCR en la segunda mitad del siglo XX, ese déficit se torna difícil de comprender. El estudio de Bielicky, por lo demás, aunque aporta valiosa información, tiene los defectos habituales de toda hagiografía.

de la restauración conservadora. En esos posicionamientos -relativos a la conveniencia de la alternativa abstencionista, concurrencista o revolucionaria, y relativos a las ideas a sustentar por la UCR- podremos percibir las nuevas posibilidades habilitadas por la identidad radical en el período posterior al golpe setembrino.

De la universidad a la política partidaria (y periodística)

Moisés Lebensohn reconoce un itinerario similar al de aquellos jóvenes que en la década del 20 militaron en el reformismo universitario y que, luego del golpe de estado de Uriburu, decidieron adherir al radicalismo.³ Proveniente de Junín,⁴ Lebensohn partió a mediados de los veinte rumbo a La Plata para estudiar abogacía. Se imbuyó allí en el espíritu del reformismo, y, una vez terminados sus estudios, regresó a Junín para sumarse a las filas del socialismo.⁵ Su militancia en el partido de Juan B. Justo no sería sin embargo muy prolongada. En efecto, como a tantos otros jóvenes, la revolución del 30 lo llevó a replantear su identidad política: dado que era en el radicalismo donde los sectores conservadores y autoritarios concentraban el grueso de sus críticas a la democracia de sufragio universal, resultaba lógico asociar la defensa de este régimen político adhiriendo al partido al cual se atacaba por mejor encarnarlo.⁶ Quizá también influyó en su decisión el hecho de que en Junín los simpatizantes del socialismo eran una minoría con escasa inserción en el mundo de los trabajadores urbanos y rurales: en la clase obrera de la ciudad, compuesta en su mayor parte por ferroviarios, el radicalismo era, en efecto, hegemónico.

Más allá de las conjeturas, lo cierto es que Lebensohn pronto abandonó el PS para prestar su adhesión al radicalismo. En los primeros meses de 1931 participó de la campaña que impulsó la candidatura de Honorio Pueyrredón a la gobernación de Buenos Aires. En esa experiencia pudo comprobar que el radicalismo seguía representando a las mayorías, y que el nuevo régimen, por ese motivo, estaba dispuesto a cualquier arbitrariedad para cerrarle su paso hacia el gobierno.⁷ Decidió en consecuencia proseguir su accionar en la

³ Hemos analizado otras experiencias en: Sebastián R. GIMÉNEZ, “Radicalismo y reformismo: un análisis de su encuentro en los años 30 a través de tres estudios de caso”, *Prohistoria*, núm. 20, 2013.

⁴ La familia Lebensohn era, en rigor, originaria del este europeo, y había arribado a Argentina a fines del siglo XIX con la esperanza de encontrar aquí un lugar a salvo del agresivo antisemitismo que comenzaba a expandirse por el viejo continente. Luego de probar suerte en distintas localidades del interior, a principios de los 20 los Lebensohn arraigaron en Junín, ciudad que para entonces era ya una de las más prósperas de la pampa húmeda: la intensa actividad agraria propia de la región se combinaba allí con una dinámica vida urbana, protagonizada tanto por la clase media empleada en el comercio como por los trabajadores ferroviarios (recordemos que la empresa británica “Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico” había instalado en 1886 en Junín sus talleres de reparación de maquinarias, haciendo de la ciudad un punto de concentración particularmente significativo de trabajadores del riel). Cfr. Roberto DIMARCO, *Manual de Historia de Junín*, Salido, 1993.

⁵ Emilio Corbiere cuenta que los socialistas de Junín conservan un acta de reunión de la Juventud Socialista en la que Moisés figura como presente. Emilio CORBIERE, “Lebensohn y la intransigencia radical”, *Todo es historia*, núm. 140, 1979.

⁶ Afirma Bielicky: “lo más probable es que se acercara al radicalismo como muchos jóvenes universitarios, que habiendo combatido a Irigoyen hasta el 28, se volcaron devotamente a él cuando la oligarquía y los sectores más reaccionarios de la sociedad asaltaron el poder en 1930”. José BIELICKY, *Moisés Lebensohn...* cit., p. 38.

⁷ El 5 de abril de 1931 hubo elecciones en Buenos Aires, las cuales constituían el primer paso del plan ideado por el gobierno para reconstituir el congreso y los poderes de las provincias intervenidas. Se esperaba que en ellas ganaran sectores favorables al gobierno, el cual contaría así con legitimidad para reformar el orden institucional. Pero el triunfo que en esa fecha consiguió el radicalismo dio por tierra tanto con el plan electoral como con el proyecto de una Argentina corporativa y autoritaria. Cfr. Richard WALTER, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pp. 131-149.

UCR, y ese mismo año protagonizaría dos hechos de suma relevancia: en primer lugar, organizó en Junín el “Comité de la Juventud Radical”, plataforma desde la cual promovió la acción conjunta de la “nueva generación” de correligionarios. En segundo lugar, fundó el diario *Democracia*, cuyo primer número salió a la luz el 17 de octubre de 1931.

El diario fundado y dirigido por Lebensohn forma parte de esa riquísima producción periodística desarrollada en el interior del país en la primera mitad del siglo XX, la cual se caracterizó por su explícita pertenencia partidaria.⁸ En el radicalismo, tanto los diarios locales que existían desde antes del golpe de Uriburu como otros que fueron creados con posterioridad a éste -tal el caso de *Democracia* de Junín- cumplieron la función clave de mantener activo el vínculo con las bases, en un momento en el cual ello resultaba tanto más necesario cuanto que “la gran prensa” de la Capital Federal solía, o bien no hacerse eco de las novedades del radicalismo, o bien informar malintencionadamente respecto a él. Ello explica la proliferación de periódicos radicales que surgió en el interior del país luego de 1930, los cuales se propusieron alertar a los correligionarios sobre el “verdadero” estado del partido, al tiempo que buscaban incidir en la dinámica política local.⁹

Lebensohn hizo entonces de su diario una tribuna desde donde divulgar el ideario radical -aunque ello no implicó que no se aprobara también el accionar de otras fuerzas que desafiaron al conservadurismo, como se verá-. Pero las páginas de *Democracia* no se limitaron a alentar al partido. Allí también se reflexionó explícitamente tanto sobre las alternativas que convenía adoptar para hacer frente al régimen de la restauración conservadora como sobre las ideas que la UCR debía asumir en la nueva etapa. En estos aspectos, y en las cambiantes relaciones de Lebensohn con las autoridades de la UCR, nos concentraremos en las páginas que siguen.

La abstención y la definición de un programa

El ingreso de Lebensohn a la UCR no estuvo marcado por una confrontación con las autoridades radicales que, lideradas por Marcelo Alvear, impulsaban la reorganización de la UCR.¹⁰ Una de las primeras acciones que Lebensohn promovió en el radicalismo fue la organización de los jóvenes correligionarios para que éstos dieran forma y coherencia a sus específicos puntos de vista. Pero ello no necesariamente significaba que la juventud se situara en oposición a quienes ocupaban los puestos de máxima responsabilidad en la UCR. Lo cual se desprende de una de las actas de reuniones del “Comité de la Juventud Radical” de Junín, organismo fundado por Lebensohn en marzo de 1931. Leemos allí:

⁸ Al respecto: Mabel CERNADAS y Patricia ORBE (comps.), *Itinerarios de la prensa. Cultura política y representaciones en Bahía Blanca durante el siglo XX*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2013.

⁹ Una valiosa información sobre los periódicos argentinos del período se encuentra en el archivo del ex presidente Justo, quien llevó a cabo en 1932 y 1933 un “Censo de Publicaciones Periódicas”. El diario dirigido por Lebensohn fue uno de los periódicos censados; así nos enteramos que su radio de acción alcanzaba a todo el partido de Junín, que su tirada media era de 1000 ejemplares, que ocupaba a cuatro obreros (todos ellos argentinos), que tres personas se ocupaban de la redacción (además de Lebensohn, escribían Alberto Gabrielli y N. Giménez), y que su orientación político ideológica era definida como “Defensor de los ideales del Partido Radical”, *Fondo Documental Justo*, Caja 52, Doc. 524. La línea editorial del diario era impresa por su director, lo cual resulta sobre todo visible en el hecho de que, con frecuencia, se publicaban en *Democracia* entrevistas a Lebensohn que replicaban -en ocasiones textualmente- expresiones que antes habían aparecido en los editoriales. Nos basamos pues primordialmente en estos editoriales para reconstruir su trayectoria.

¹⁰ Al respecto: Sebastián R. GIMÉNEZ, “Del caos al orden, de la guerra a la paz. Marcelo Alvear y la difícil institucionalización del radicalismo en los años treinta”, *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, núm. 51 (en prensa); Leandro LOSADA, *Marcelo T. de Alvear. Una biografía*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

“El comité de la Juventud Radical de Junín, en concordancia con otras entidades afines de la cuarta sección electoral, ha resuelto auspiciar la celebración de un Congreso de la Juventud Radical de la Provincia. Ningún momento más oportuno que éste para su realización. La recia campaña electoral que acaba de finalizar contó en los puestos de vanguardia del radicalismo con la cooperación decidida de la nueva generación, cuya incorporación a la lucha cívica exige la definición concreta de sus puntos de vista. No ajena al instante en que el partido, por órgano de sus autoridades constituidas, se aboque al estudio de las normas que regirán su vida interna, reajustándolas conforme a los principios democráticos sostenidos, y a la determinación del programa que orientará su acción justa, es imprescindible hacer pública la expresión auténtica del pensamiento de la juventud sobre los problemas de la organización partidaria y sobre las cuestiones económicas, sociales e institucionales que deberán ser encaradas por los gobernantes surgidos de la UCR.”¹¹

Como vemos, la juventud de Junín depositaba expectativas positivas en los resultados del proceso de reorganización, del cual esperaba tanto la adopción de “principios democráticos” para la vida interna del partido, como la elaboración de un “programa que orientar[a] su acción justa.” La afinidad de puntos de vista con los dirigentes de la UCR no terminaba allí. Además de coincidir con la reorganización, otros dos hechos contribuyeron a acercar posiciones: en primer lugar, la caracterización que se hizo del gobierno de Agustín Justo como una dictadura; esta categoría fue la que utilizaron los órganos partidarios de la UCR para referirse al régimen surgido de las elecciones de noviembre de 1931.¹² De igual modo se definía al gobierno de Justo en *Democracia*: “No hay que engañarse, vivimos la continuación de la dictadura. Al fin y al cabo, el gobierno siendo constitucional no es sino el producto genuino del gobierno de hecho [...] Justo no es sino el remedo legalitario, la caricatura formalista de José F. Uriburu.”¹³

En segundo lugar, contribuyó a la afinidad de criterios con las autoridades partidarias el abstencionismo en que éstas decidieron recluir a la UCR luego de que Uriburu vetara la fórmula radical para las elecciones presidenciales de noviembre de 1931. La adopción de esa estrategia era para Lebensohn tanto más valiosa cuanto que en su propia ciudad veía cómo quienes hasta ayer nomás habían estado al frente del radicalismo local se mostraban tentados de concurrir a los comicios: en *Democracia* se citaban declaraciones a favor de la concurrencia de Pablo Torre -intendente radical en Junín antes del golpe setembrino-, quien manifestaba la necesidad de que la UCR presentara candidatos a los comicios municipales de enero de 1932. Argüía para ello “que como deber de buena vecindad, debemos procurar llegar al gobierno de la comuna para colaborar o continuar la obra que habíamos comenzado y llevado a tan buen término en diversos aspectos del progreso edilicio.” Al ser preguntado Torre cómo proceder “si la central del partido decretara la abstención”, respondía: “Todavía así, habría que examinar los términos de esa posible resolución, pues es evidente que las situaciones locales son distintas. En Junín, en San Nicolás, por ejemplo, por la forma de encarar la lucha los dirigentes oficialistas, no podría temerse, a priori, que se atentara contra la legalidad del comicio, ni la eliminación de los ciudadanos mediante el recurso a la substracción de las libretas de enrolamiento. Y, en un ambiente así, el radicalismo tiene el deber moral de participar en una elección del

¹¹ *Cuaderno de Actas del Comité de la Juventud Radical de Junín*, Biblioteca Nacional, Sala del Tesoro.

¹² En el primer documento del Comité Nacional que se hizo público luego de que Justo asumiera la presidencia, la UCR juzgaba al nuevo gobierno como “de facto”. Véase: *La Nación*, 7/4/1932.

¹³ *Democracia*, 22/3/1932.

gobierno local.”¹⁴ El abstencionismo, puesto en cuestión por la dirigencia radical local, se convirtió así en una gran bandera de lucha para los jóvenes radicales juninenses, y el respaldo de las autoridades nacionales partidarias resultó, en tal sentido, clave.

Ahora bien, el aval sin matices dado a la política abstencionista no implicó que se dejara de prestar importancia a los actos electorales. Sucede que, como en ese momento bien lo sabían quiénes de uno u otro modo participaban en la actividad política, el acceso al voto había significado toda una conquista para amplios sectores de la sociedad argentina: a partir de él muchos “habitantes” se sintieron por primera vez miembros de pleno derecho de la comunidad. La identidad de ciudadano y el acceso al mecanismo electoral estuvieron desde un principio en nuestro país, en consecuencia, estrechamente asociados. Y había sido el radicalismo el movimiento que hizo de ello toda una reivindicación, erigiéndose en artífice de la conquista del sufragio.¹⁵ En el período posterior a la sanción de la Ley Sáenz Peña, la UCR invirtió grandes esfuerzos en movilizar a la ciudadanía para las jornadas electorales, y el altísimo porcentaje de concurrencia a las urnas puede verse como una medida de su éxito. Pero, en el contexto sobrevenido con la asunción de Justo a la presidencia, aquél éxito corría el riesgo de tornársele contraproducente. El mandato del partido era ahora el de la abstención, y debía en consecuencia lidiar tanto contra la idea instalada de que votar era un derecho inalienable, como contra la práctica arraigada en la sociedad de asistir periódicamente a elegir sus representantes.

La prensa radical, por lo tanto, mientras duró la abstención, lejos de desentenderse de lo electoral, tuvo que intervenir en las campañas, ahora para convocar a la ciudadanía a no votar, y para recordarle a su vez a ésta los motivos por los que el radicalismo había decidido recluirse en la abstención. De tal modo, en los períodos preelectorales, *Democracia* invertía un particular esfuerzo por imprimir un sentido preciso a la política de no concurrencia electoral: se negaba que ella significara un repudio a la democracia, y se aclaraba, contrariamente a ello, que era una estrategia para luchar por su cabal restablecimiento. Así, días antes de las elecciones municipales de noviembre de 1933, la portada del periódico rezaba: “ESCUCHE CIUDADANO. La abstención electoral no significa inercia culpable ni pasividad cobarde, es el único medio de lucha que pueden ejercer los ciudadanos dignos cuando un gobierno de fuerza pretende ampararse en un comicio fraudulento y viciado para aparentar una inexistente legalidad.”¹⁶ Asimismo, en épocas de campaña se daban a los ciudadanos (y, específicamente, a los “ciudadanos radicales”) instrucciones concretas sobre cómo proceder en caso de que un miembro de algún partido opositor solicitara su apoyo:

“CIUDADANO RADICAL: Cuando un caudillo conservador se le acerque zalamero a requerirle su voto, empleando la fórmula consabida: ‘Como ustedes los radicales no van a la elección le pido que esta vez nos acompañe’, hágale usted a su vez esta pregunta: ‘Y por qué no van los radicales a la elección?’ [...] Entonces usted podría

¹⁴ *Democracia*, 10/12/1931. Es necesario aquí mencionar que efectivamente los dirigentes conservadores de Junín -al igual que los de San Nicolás, liderados por Vicente Solano Lima- fueron reacios a implementar las prácticas fraudulentas que comenzaría a ser usual encontrar en el resto de los distritos de la provincia. El principal referente del Partido Demócrata Nacional (PDN) de la ciudad, Benito de Miguel, se negó, en efecto, a falsear los resultados electorales. Seguramente, en este hecho basaba Torre sus perspectivas favorables para las elecciones municipales que tendrían lugar en enero del año siguiente (en las cuales, finalmente, resultaría electo el mismo de Miguel). Sobre las internas en el PDN provincial, véase: Dolores BÉJAR, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹⁵ Cfr. Luciano DE PRIVITELLIO, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Ana V. PERSELLO, *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

¹⁶ *Democracia*, 24/11/1933.

refrescarle la memoria y hacerle arder los oídos. El radicalismo no ha elegido el camino de la abstención por capricho. La dolorosa razón de esta actitud heroica está en todas las conciencias, porque basta contemplar el sombrío panorama que presenta la República para darnos cuenta de todo lo que hemos perdido los argentinos desde el cuartelazo traidor hasta la fecha [...]

“CIUDADANO: Por su honor, por su dignidad, usted no debe complicarse en la inmundada farsa que prepara el conservadorismo con el beneplácito de ese otro partido de logreros que también pretende embaucarlo a usted con estúpidos alardes de libertad y democracia.”¹⁷

El “partido de logreros” allí mencionado no era otro que el PS, al cual *Democracia* dirigía muchos de sus principales cuestionamientos: a él se lo acusaba de “hacer el juego” a los conservadores, dado que con su participación en los comicios contribuía a legitimar la farsa electoral. *Democracia* llamaba a sus lectores a estar precavidos ante las actitudes de ese partido que sólo en el discurso representaba a los trabajadores: “No haga caso a los socialistas, siempre han sido y seguirán siendo, los eternos *chimangos* de todos los festines. *No vote.*”¹⁸ Otro pasaje, todavía más explícito, afirmaba: “*No vote ciudadano*: Su voto, aún dado a los llamados ‘opositores’, consolida la oligarquía imperante.”¹⁹

Pero, en rigor, la relación de Lebensohn con el socialismo es bastante más compleja de lo que los fragmentos citados podrían sugerir. El joven líder de Junín, en efecto, no compartía la visión de muchos de sus correligionarios que tendían a plantear, siguiendo el ideario de Yrigoyen, que toda posición no comprendida en la identidad radical era necesariamente antipopular y antinacional.²⁰ Lebensohn -quien, como mencionamos, había militado un breve tiempo en el PS- estaba convencido de que éste podía acompañar a la UCR en su lucha por el restablecimiento del imperio de la soberanía popular. Lo cual no significaba que existiera una convergencia entre los programas de ambos partidos. En este sentido, en un artículo particularmente sugerente publicado en *Democracia*, se trazaban las principales diferencias entre las tres principales fuerzas que actuaban en la Argentina. A raíz de una reunión organizada por jóvenes del PDN que impulsaban “un movimiento de renovación democrática en las filas del viejo conservadorismo” y que abogaban por priorizar “problemas de orden social y económico que aproximen a la agrupación al pensamiento del pueblo”, desde las páginas de *Democracia* se preguntaban “por qué [esos jóvenes conservadores] no reconocen lealmente sus pasados errores y se incorporan a la entidad ciudadana que ha proclamado como suyos los principios que ahora vocean.” Y se afirmaba a continuación que, en verdad, “en el seno del radicalismo también hay muchos equivocados. Viejos militantes cuyo pensamiento es en realidad conservador, así como existen entre los demócratas nacionales mucha gente cuyas ideas están más cercanas de las de sus adversarios que de las del grueso de sus correligionarios.” Según el articulista, era “el caos político argentino [el que] ha traído estos contrasentidos.” Pero, afortunadamente, con “la evolución que se está operando actualmente”, tales contrasentidos empezaban a “desaparecer”. La evolución conducía, en efecto, a que se establecieran “con carácter preciso los programas de todas las agrupaciones cívicas.” Los lineamientos ideológicos que debían dar sustento a los programas de cada uno de los partidos políticos eran entonces

¹⁷ Ibid.

¹⁸ *Democracia*, 25/11/1933.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Sobre Yrigoyen, remitimos al lector a la precisa caracterización realizada por Gerardo ABOY CARLES, *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001, pp. 82-108. Véase, asimismo: Tulio HALPERIN DONGHI, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 193-204.

presentados de la siguiente manera:

“Sean conservadores los que defienden la integridad del concepto de propiedad y la ampliación de la esfera de acción del individuo para reducir la del estado. Sean socialistas los que encuentran más justiciera una nueva organización económica de la sociedad sobre la base de la colectivización de la riqueza natural y de los instrumentos de producción. Y sean por último, radicales quienes, sin prejuicios, pretendan llegar a soluciones equitativas mediante la transformación paulatina de las instituciones actuales, extendiendo el rol del Estado sin llegar a la anulación de los derechos del individuo.

“Guíese cada uno por su temperamento y por su posición en la sociedad. Del contraste de tan dispares puntos de vista, que han de equilibrarse sin interrumpir la marcha incesante hacia el futuro, surgirá la política fecunda del porvenir.”²¹

Es sabido que Yrigoyen había querido que el radicalismo encarnara el cuerpo entero de la Nación. Por ese motivo, según su parecer, la UCR no debía representar a ningún sector social, ni debía hacer suya ninguna ideología específica: todas las realidades sociales e intelectuales podían convivir en su interior, y era de esa multiplicidad y heterogeneidad internas, de hecho, de donde aquélla extraería su fuerza. Al brindar una caracterización precisa de las ideas a sustentar por el radicalismo, el diario de Lebensohn se alejaba de esa concepción movimientista; la “evolución” conducía, en efecto, según su opinión, a la formación de partidos programáticos. El radicalismo tenía una ideología definida, que, diferente tanto de la del PDN como de la del PS, establecía la mutua compatibilidad entre las funciones del estado y los derechos del individuo. En sus filas debían permanecer, por lo tanto, sólo quienes profesaban esas ideas: la UCR ya no aspiraba entonces a representar al todo social, sino a una de sus partes. Pero no sólo en este punto se apartaba del ideario del viejo caudillo; si se presta atención al pasaje citado, se puede apreciar que allí se sostenía que del desacuerdo entre las distintas fuerzas políticas surgiría el equilibrio capaz de garantizar “la marcha incesante hacia el futuro”. Con lo cual, se daba un paso importante en el reconocimiento de la legitimidad de otras expresiones políticas -aunque, ciertamente, ese reconocimiento todavía estaba diferido hacia el futuro, dadas las condiciones de anormalidad institucional vigentes en la Argentina-.

Ahora bien, la cuestión programática, aunque se proclamaba de gran relevancia en el periódico, resultaba frecuentemente postergada en virtud de la centralidad que cobraba el interrogante acerca de cuál era la estrategia que debía adoptar la UCR para enfrentar al conservadorismo en el poder. El gobierno de Justo, en efecto, pese a su débil legitimidad de origen, se iría consolidando progresivamente,²² lo cual obligaba a la UCR a preguntarse cómo proceder para pugnar por la efectiva vigencia de un régimen liberal-democrático: ¿alcanzaba con la abstención o debían explorarse métodos más drásticos? El alejamiento de las urnas, aceptado en principio por la mayoría de los dirigentes partidarios, pronto comenzó a revelarse insuficiente para combatir a las nuevas autoridades. Algunos movimientos revolucionarios armados con vínculos con la UCR comenzaron entonces a

²¹ *Democracia*, 24/5/1932.

²² Un análisis particularmente sugerente de los primeros años del gobierno de Justo se encuentra en Tulio HALPERIN DONGHI, *La república imposible*, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 56-122. Una interpretación general de la política en los años 30 también se encuentra en: Darío MACOR, “Partidos, coaliciones y sistemas de poder”, Alejandro CATTARUZZA (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, 1930-1943*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 49-95; Luciano DE PRIVITELLI, “La política bajo el signo de la crisis”, Alejandro CATTARUZZA (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política, 1930-1943*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 97-142.

surgir.²³ ¿Qué posición tomó Lebensohn respecto a ellos?

De la revolución a las urnas

En las páginas de *Democracia* puede registrarse, en ocasiones, una adhesión a la alternativa revolucionaria. Pero también se percibe un cierto temor respecto a las consecuencias que ella podría acarrear. Cuando se producían acontecimientos armados, el diario de Lebensohn solía tomar respecto a ellos una postura distante. Lo cual se explica, en primer término, porque las relaciones que aquéllos guardaban con los órganos de conducción de la UCR eran, cuanto menos, poco claras; y, en segundo lugar, por el hecho de que esas intenciones estaban seguidas de la represión oficial, que incluía la implementación del estado de sitio, la detención de numerosos simpatizantes y dirigentes, y la censura de los órganos de prensa vinculados al partido. Era lógico entonces que los militantes radicales adoptaran recaudos para evitar caer en la redada.

Pero, si en los períodos de mayor convulsión *Democracia* permanecía “neutral”, en aquellos momentos de relajamiento de los mecanismos de control y represión, el diario de Lebensohn se animaba a sugerir de modo abierto que la estrategia válida para el radicalismo no era otra que la de la revolución. Así, por ejemplo, en junio de 1932, decía un editorial:

“El partido radical estará por la defensa de las libertades públicas, por el respeto de la Ley Sáenz Peña, por que el país salga de este estado de falseamiento institucional en que se debate, con el consiguiente perjuicio para su crédito moral y material y retorne cuanto antes el verdadero cauce de su normalidad.

“Para lograr estos fines, el radicalismo continuará trabajando empeñosamente, desde la prensa partidaria y el libro, desde la tribuna pública y si fuera preciso, desde los cantones revolucionarios.”²⁴

Existen indicios de que el compromiso de Lebensohn con los sectores que promovían movimientos revolucionarios armados fue más allá del apoyo a la distancia a través de su periódico. Sabemos, de hecho, que él participó de la asamblea que se realizó en el Salón Augusteo de la Capital Federal a fines de 1932, la cual fue organizada por un grupo de jóvenes radicales para crear “ambiente revolucionario”. Allí, según la descripción del acto realizada por el periódico *Tribuna Libre* a un año de producido el mismo, “se dio cita toda la juventud radical, exponiéndose sin reatos la grave situación a que era llevada la República y proclamándose la necesidad de echar mano de procedimientos directos y decisivos como único camino para contener la nueva avalancha de barbarie que se avecinaba. Las palabras que se oyeron en el Augusteo no eran otra cosa que el eco del clamor revolucionario que ya estaba en la calle.”²⁵ Entre los oradores del acto se encontró Lebensohn. Y de hecho, él

²³ Un estudio de los movimientos revolucionarios armados del período se encuentra en: Sebastián R. GIMÉNEZ, *Un partido en crisis, una identidad en disputa. El radicalismo en la tormenta argentina (1930-1945)*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2014, pp. 91-160.

²⁴ *Democracia*, 15/6/1932.

²⁵ *Tribuna Libre*, 15/12/1933. El acto es también mencionado por Félix Luna, quien afirma que esa reunión representó un problema para Alvear: “Había que contener a los más exaltados, que hablaban de revolución a voz en cuello, como esos muchachos deslenguados, Arturo Jauretche y Emir Mercader, que en un acto público realizado en el Salón Augusteo lo dijeron paladinamente en sus discursos”, Félix LUNA, *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958, p. 111. Atilio Cattáneo, uno de los más activos líderes militares revolucionarios, afirma por su parte que la reunión fue una iniciativa suya tendente a agitar la opinión pública: “Mientras

fue uno de los detenidos por la policía, a raíz de lo cual se le inició un proceso judicial por instigación a la rebelión.²⁶

Ahora bien: ¿significa esto que Lebensohn era un “revolucionario”? En rigor, resulta apresurado encasillar en dicha categoría a quienes mantuvieron vínculos con los grupos armados o las milicias civiles. En efecto, aunque en numerosos casos la participación de políticos radicales en los diversos levantamientos surge como un dato difícil de cuestionar, sería un error considerar que ellos apostaron todas sus cartas al proyecto revolucionario. Parece más acertado suponer que, en un contexto político complejo y opaco como lo era el de principios de los años 30, en el que no podía discernirse cuándo la UCR reingresaría en el terreno de las urnas, resultaba válida la opción de amenazar con acudir a la fuerza para dar por tierra con la situación de marginación en que había quedado el radicalismo luego de septiembre de 1930, pero resguardando al mismo tiempo la estructura política que había permitido al partido mantener sus vínculos con las masas. No hay que olvidar, en efecto, que esos líderes se habían erigido en tales en el marco del funcionamiento pleno de los mecanismos electorales, a los cuales permanecían unidos por miles de visibles e invisibles hilos. Descartar esa estructura para jugarse de lleno en una riesgosa e improbable tentativa armada aparejaba costos demasiado elevados que no todos estaban dispuestos a correr.

Adicionalmente, existían serias dudas respecto a los fines últimos que perseguían los uniformados: ¿hasta qué punto se podía confiar en que, si llegaba a alcanzarse el inverosímil objetivo de desplazar a las autoridades que asumieron el poder después de septiembre de 1930, aquéllos se avendrían a convocar a unas elecciones en las que de antemano sabían que no jugarían un rol relevante? En el caso de Lebensohn -quien, como muchos otros cuadros intermedios del partido, también en diversos momentos se vio atraído por la estrategia revolucionaria- los temores respecto a las consecuencias que podría traer aparejado el involucramiento directo de los uniformados en el escenario político son fácilmente perceptibles. Y ello lo llevaba a permanecer extremadamente cauto respecto a una eventual alianza con los militares para derribar a las autoridades nacionales. Así, por ejemplo, en junio de 1932, en un artículo de *Democracia* en que se analizaba la situación política chilena, la cual era enseguida comparada con la vigente en Argentina, se afirmaba:

“El ejército de Chile, al igual del nuestro, debe ser el guardián de las instituciones de la patria, según lo definen con frecuencia quienes pretenden justificar sus actitudes. Sin embargo, ha intervenido en el espacio de cortos meses en tres movimientos armados. Y cabe preguntar ¿en cuál de ellos defendió los fundamentales intereses de la patria? ¿En qué oportunidad tuvo razón al levantarse en armas contra las autoridades de su propio país? ¿Adónde conducen estas actitudes del ejército convertido en demoleedor de gobiernos? [...] Estas revoluciones salvadoras mucho

tanto, yo procuraba preparar el ambiente popular, excitándolo con conferencias especiales, como la efectuada en el Salón Augusteo”, Atilio CATTANEO, *Plan 1932. El concurrerismo y la revolución*, Buenos Aires, Proceso, 1959, p. 84.

²⁶ Nos enteramos de ello por un artículo publicado en *Democracia* cuando Lebensohn fue absuelto: “A raíz del mitin celebrado en diciembre del año pasado en el teatro Augusteo de la Capital Federal que fuera disuelto violentamente por la policía dando lugar a un prolongado tiroteo [...] fue levantado un voluminoso proceso en el que intervinieron los jueces Dres. Gowland, Jantus y Barberis. Este último ha producido resolución sobreseyendo provisionalmente a favor de los procesados, entre los cuales se encontraba el Dr. Moisés Lebensohn, quien había hecho uso de la palabra en dicho acto y el que fuera detenido en los primeros momentos, siendo puesto en libertad provisoria días después. Lo original es el cúmulo de delitos que se le imputaba para justificar el proceso iniciado. Eran nada menos que los siguientes: instigación a la rebelión, atentado y resistencia a la autoridad, abuso de armas y lesiones graves”. *Democracia*, 8/12/1933.

se parecen a las erupciones de un volcán. Cuando entra en acción hay que temerle y su actividad se reproduce con intermitencias durante mucho tiempo. Y algunas naciones sudamericanas están sobre un volcán. Pongamos, pues, las barbas en remojo.”²⁷

Otro elemento también contribuyó a que Lebensohn no se jugara de lleno en la alternativa sediciosa: la firmísima obediencia que guardó a las autoridades partidarias y a los organismos de conducción de la UCR. El joven líder de Junín juzgaba, en efecto, que éstos representaban cabalmente al pueblo radical, y por ello sus resoluciones debían respetarse a rajatabla. Así, antes de que se reuniera el principal órgano deliberativo de la UCR en Santa Fe a fines de 1933, desde *Democracia* se prevenía a los lectores de que “[s] ean cuales fueran las resoluciones de la Convención Nacional, coincidan o no con el propio sentimiento individual, es menester que los afiliados radicales se propongan acatarlas.” El motivo esgrimido para solicitar dicha obediencia era que “los convencionales, que constituyen la representación legítima y soberana del partido, van a cumplir su misión conociendo a fondo los anhelos del radicalismo de cada rincón del país; de modo, pues, que aunque alguien considere las cosas desde un punto de vista distinto al que se resuelva, será imprescindible el acatamiento para conservar inalterable la salud del partido y principios democráticos, como lo es el del respeto a las decisiones de las mayorías.”²⁸ Un tan firme llamado a respetar las directivas partidarias en el preciso momento en que éstas eran jaqueadas por un nuevo alzamiento revolucionario gestado a espaldas de ellas, nos muestra hasta qué punto el acompañamiento de Lebensohn a la estrategia armada tenía límites que no estaba dispuesto a franquear.²⁹

La opción por los Frentes Populares

La Convención radical de 1933 decidió proseguir con la política abstencionista. Sin embargo, en el trascurso del siguiente año esa directiva comenzó a revelarse imposible de sostener, dado que sectores crecientes del partido, haciendo caso omiso de lo resuelto por el máximo organismo de conducción, retornaron a la arena comicial. El radicalismo de Tucumán fue el primero en desobedecer la directiva abstencionista, presentando en marzo de 1934 candidatos para competir en las elecciones legislativas de la provincia. El éxito que allí obtuvo la UCR persuadiría a otros correligionarios de que, mientras la abstención condenaba al partido a una inmovilidad estéril, la participación en elecciones podía por el contrario ser una estrategia que, si por un lado, contradecía el espíritu de oposición “intransigente” con el que gustaba presentarse el partido, por otro, brindaba al menos una salida a una situación que parecía no tener ninguna otra. Fue así que, en los meses posteriores, fracciones del radicalismo de distintas provincias rompieron con la política abstencionista. En enero de 1935, finalmente, las autoridades partidarias debieron aceptar que para mantener unida a la UCR había que dar por terminado el período de no concurrencia a las urnas. Algunos sectores del radicalismo, levantando la bandera de la

²⁷ *Democracia*, 7/6/1932.

²⁸ *Democracia*, 27/12/1933.

²⁹ Recordemos que la Convención de 1933 puso fin anticipadamente sus sesiones a raíz de un levantamiento armado producido en Corrientes -posteriormente conocido como la “revuelta de Paso de los Libres”- que había sido gestado sin la autorización de los organismos de conducción radicales. Hemos estudiado este hecho y su relación con la UCR en: Sebastián R. GIMÉNEZ, “El Comando del Litoral y la acción armada contra el régimen de la restauración conservadora en la primera mitad de los años treinta”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 23, Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste/Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 2015.

intransigencia y la revolución, se mostraron contrarios a esta disposición, y conformaron una corriente opositora a la conducción de Alvear. ¿Qué posición adoptó Lebensohn en esa crítica coyuntura?

A juzgar por las notas aparecidas en el diario *Democracia*, nada reprochó éste a las autoridades de su partido. Lebensohn concibió, de hecho, en ese momento, como tantísimos otros dentro de la UCR, que el alejamiento de las elecciones paralizaba al partido y que era entonces necesario apurar el regreso a la competencia electoral. Es por ello que en diciembre de 1934 *Democracia* pudo festejar con euforia el triunfo del radicalismo tucumano; en una nota titulada “Los resultados de la elección de Tucumán reflejan fielmente la opinión ciudadana de todo el país”, el diario de Lebensohn presentaba lo sucedido en la provincia norteña como una clara manifestación de que el pueblo radical quería volver a las urnas: “El electorado allá como aquí”, decía la nota,

“es concurrentista, y luego de ser concurrentista es radical; el electorado allá como aquí no entra en hondas especulaciones filosóficas ni piensa si las horas del presente son semejantes a las del período 1890-1916 o si son totalmente distintas, pero, es la verdad, el electorado tiene una ley que antes no tenía y finca en el advenimiento del radicalismo al gobierno todas sus aspiraciones de orden moral y económico. Y ese electorado pretende resolver sus problemas, que son inmediatos e impostergables, votando.”³⁰

Si el electorado pretendía solucionar sus problemas a través del voto, la dirigencia debía darle respuesta en ese mismo terreno. Desde las páginas de *Democracia*, por lo tanto, al momento de tener lugar la Convención de la UCR de 1934-1935, se dio apoyo a la postura de terminar con la abstención.

Mientras, Lebensohn se aprestaba a hacer su primera experiencia en el terreno de la competencia comicial: en noviembre de 1935 se presentó como candidato por la UCR para ocupar una banca en el Concejo Deliberante de Junín. Estas elecciones, que en casi todos los distritos de la provincia de Buenos Aires registraron un escandaloso fraude, fueron en Junín, en cambio, transparentes: la UCR se impuso en ellas, y Lebensohn logró ingresar al Concejo Municipal.³¹

Más pronto que tarde, sin embargo, el joven líder de Junín empezó a incomodarse con la situación a la que el radicalismo había venido a arribar luego del levantamiento de la abstención, y no pudo evitar formularse la espinosa pregunta acerca de hasta qué punto el hecho de participar en el esquema dispuesto por Justo servía, no para minar desde dentro el régimen político de la restauración conservadora, sino para, por el contrario, dotarlo de legitimidad. El retorno del radicalismo a la competencia electoral no había conllevado, en efecto, tal como empezó a hacerse manifiesto en las sucesivas elecciones celebradas en 1935 y 1936, un funcionamiento más transparente de las instituciones, sino todo lo contrario: el fraude se amplió a gran escala y, además, se complementó con reformas legales destinadas a distorsionar el espíritu de la Ley Sáenz Peña.³²

¿Qué debía realizar el radicalismo en este nuevo contexto para frenar el avance del conservadorismo? ¿Cómo proceder para articular una resistencia eficaz? Por primera vez, Lebensohn empezó a pensar que la salida para esta crítica situación no se encontraba

³⁰ *Democracia*, 23/12/1934.

³¹ Lebensohn fue concejal desde junio de 1936 hasta enero de 1940. Sus intervenciones fueron recogidas en: Moisés LEBENSOHN, *Acción Municipal*, Edición de autor, 1940.

³² En Buenos Aires, bajo la gobernación de Fresco, se registraría el más avanzado intento por limitar el alcance de la Ley Sáenz Peña. Al respecto: Emir REITANO, *Manuel Fresco. Entre la renovación y el fraude*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2005.

sólo en el radicalismo, con cuya dirigencia nacional empezó a tener algunas diferencias -las que, sin embargo, todavía no se tradujeron en acción opositora-. En 1936 y 1937 Lebensohn apostó a la formación de un “Frente Popular” capaz de aglutinar al conjunto de los partidos “democráticos”. Recordemos que la posibilidad de encarar acciones conjuntas entre las fuerzas que ahora se reconocían como “democráticas” había comenzado a tomar fuerza en la segunda mitad de 1935; fue allí, en efecto, cuando el PC modificó su estrategia política -abandonando la línea de “clase contra clase” para adoptar la estrategia del “frente popular”- y cuando en el PS se empezaron a escuchar con fuerza las voces que alertaban sobre el “peligro” fascista y llamaban a acordar con aquellos partidos que, pese a no coincidir con su programa, también apostaban a la vigencia de un régimen político liberal basado en el sufragio popular.³³ En 1936, con el conflicto español como trasfondo, la búsqueda de iniciar acciones conjuntas entre las fuerzas “democráticas” dio sus primeros resultados.³⁴

Pero sería difícil para los partidos superar los resquemores sembrados en tantos años de acción disidente. En el caso del radicalismo, la desconfianza que suscitó el llamado a la cooperación con otras entidades políticas y sociales puede verse en el hecho de que, cuando aceptó participar de las iniciativas “frentistas”, la UCR lo hizo con serias reservas hacia el comunismo, y reafirmando sus derechos como fuerza mayoritaria a erigirse en centro único de gravedad de cualquier agrupamiento opositor. Representativo de ello es el editorial que *Hechos e Ideas* -revista que actuaba como oficioso vocero político del partido- le dedicó al tema; se afirmaba allí que “1936 será el año crucial para la democracia argentina”, pues se estaba operando una “acelerada polarización” en las fuerzas políticas del país: “Por un lado el radicalismo, que concentra en torno a su bandera a todos los sectores políticos identificados con los principios democráticos y, por el otro, las fracciones conservadoras, convertidas en tantos focos de subversión y desorden de la vida nacional.”³⁵ El frente de partidos reforzaba así para el editorialista un clivaje previo: el que separaba al radicalismo del conservadorismo. Dicho frente significaba, por tanto, que el resto de las fuerzas políticas apoyara a la UCR en su lucha contra el oficialismo. No era así, desde luego, como el PS y el PC entendían la conformación de un Frente Popular. La gravedad de la hora exigía para ellos que todas las fuerzas políticas se subordinaran a un ideal común abarcador. Ni el PC, ni el PS, ni la UCR impondrían, por tanto, las consignas de ese nuevo frente. Sería, por el contrario -como explicitaba la convocatoria del Partido Comunista- “la bandera del Frente Popular [la que] conglomeraría al gran pueblo argentino en la defensa de sus libertades esenciales.”³⁶

La posición que Lebensohn adoptó en esta puja por la definición de la bandera bajo la cual se aglutinaría el proyectado agrupamiento de partidos estaría mucho más cercana a la de las fuerzas de izquierda que a la del oficialismo radical. El editorial en que *Democracia* celebraba el acuerdo entre partidos para otorgar a un representante del radicalismo la presidencia de la cámara baja así lo atestigua:

³³ Cfr. Andrés BISSO, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, 2007, pp. 66-73.

³⁴ En abril de ese año, el PS y el PDP acordaron con la UCR otorgar la presidencia de la cámara baja a un representante radical. Poco después, los partidos se mostraron juntos en la arena pública: el 1° de mayo, el PS, el PC, el PDP, la UCR y diversas organizaciones de la sociedad civil, celebraron en un mismo acto el día del trabajador. Y en agosto los partidos homenajearon conjuntamente a Roque Sáenz Peña, figura en la cual veían representada la aspiración “democrática” en Argentina.

³⁵ “La consigna democrática: por el retorno a la Constitución y a la legalidad”, *Hechos e Ideas. Revista Radical*, núm. 11-12, junio de 1936, pp. 194-196.

³⁶ *Crítica*, 7/7/1936.

“Se inició en el escenario parlamentario una etapa definitiva en la lucha contra la reacción [...] Ayer los diputados legítimos de la Nación votaron con patriótica unanimidad por una mesa directiva que simboliza cabalmente la unión de los argentinos contra la dictadura disimulada que soportamos. Todos, absolutamente todos los diputados de credenciales limpias, honestas, sufragaron por la fórmula elegida. Todas, absolutamente todas, las minorías repudiadas y las mayorías surgidas de la falsificación de la voluntad nacional, ‘concordaron’ en la derrota. Allí, en el hemiciclo legislativo, se diseñaron los dos frentes. Oligarquía, opresión, arbitrariedad, expoliación, en la derecha. Democracia, justicia, trabajo, en la izquierda. Los dos frentes se prolongan fuera del Congreso. En uno militan los usufructuarios del gobierno. En el otro, el país. El país, que, por encima de banderías y clases, en unión sagrada, se apresta a combatir por su derecho a la vida y a la libertad.”³⁷

Como vemos, la gravedad de la hora dibujaba, para Lebensohn, un nuevo clivaje: de un lado se encontraban los enemigos de las libertades públicas, y del otro quienes defendían la democracia y las garantías constitucionales. Estos últimos, se presentaban “por encima de banderías y clases” reivindicando en una única voz el reclamo por la libertad. No era entonces el radicalismo el que, aislado, debía asumir la demanda por el restablecimiento de la normalidad institucional. La bandera de la UCR no alcanzaba para absorber los desafíos de un contexto signado por el avance de las dictaduras. Según su punto de vista, se habían modificado radicalmente los principios de división del campo político. Insistir, en la nueva coyuntura, con la vieja separación entre radicales y conservadores era no entender lo que estaba en juego, y, por lo tanto, no contribuir a la solución del problema.

En un editorial de título más que sugestivo (“Es ridículo reducir el problema hablando de lucha entre radicales y conservadores”) publicado poco después, Lebensohn haría explícito hasta qué punto se habían modificado para él los ejes de división del espectro político. Afirmaba allí: “Los partidos han vivido bajo la obsesión de los problemas electorales, problemas que carecen de importancia. Servían en el pasado para compulsar la opinión pública, y como órgano de expresión popular. Ahora no”. En ese nuevo presente marcado por el avance de las fuerzas fascistas, sería un error fatal “reducir las proporciones de la contienda habla[ndo] de una puja entre radicales y conservadores”. Tal reduccionismo llevaría a una dispersión de los partidos no oficialistas, y “en esta emergencia dividir es traicionar. Pues bien, cuántos han tratado de dividir dentro de los propios partidos democráticos, y, cuántos han sido los aliados más eficaces del enemigo al acrecentar los antagonismos que entre los partidos democráticos han existido en el pasado, como consecuencia lógica, explicable, de los disentimientos en un régimen legal, entre partidos de ideología distinta.”³⁸

Como vemos, Lebensohn creía que si las identidades, las prácticas, los discursos y las estrategias de diferenciación de los partidos “democráticos” tuvieron su razón de ser en un determinado estadio del desenvolvimiento político del país, ahora, agotado ese período, habían perdido su lógica. En consecuencia, de persistir en ellos, los partidos no harían más que condenarse a la inacción, lo cual equivalía al suicidio frente a un gobierno dispuesto a avanzar sobre las libertades. Es por ello que Lebensohn se desesperaría ante cada escollo que se presentaba a la conformación de un frente popular. Así, cuando en la segunda mitad de 1936 se diluyeron los tibios intentos de acercamiento entre los partidos esbozados a principios de ese año, *Democracia* trazaría un panorama de la situación que no podía ser más sombrío:

³⁷ “El primer triunfo del Frente de la Libertad”, *Democracia*, 26/4/1936.

³⁸ *Democracia*, 9/12/1936.

“Vivimos la virtualidad de una dictadura, que no aprieta porque no necesita [...] Las fuerzas democráticas se gastan en palabras de un léxico pasado de moda. Y cuando insinúan un gesto, es tan débil que se torna ineficaz. Olvidan que en esta batalla por el poder entre el pueblo y la minoría oligárquica, lo esencial es el ánimo, es la conservación de la fe. Con continuas postergaciones, con dilaciones diarias, no se conseguirá mantener el entusiasmo popular [...] Sacudir la inercia, organizar el Frente Popular con todos los núcleos que prescindiendo de sus ideas particulares estén dispuestos a combatir por las libertades argentinas; olvidar agravios y sectarismos; clarificar las conciencias oscuras exhibiendo el panorama mundial de esta guerra entre progreso social y la reacción; afianzar la unidad obrera; crear los organismos ágiles que las nuevas características de la lucha imponen; marcar a fuego a los falsos demócratas; evidenciar sus traiciones y el fondo económico de la contienda; tales son los enunciados centrales del programa que debe cumplirse si no se desea precipitar a la democracia en la derrota. Aún se está a tiempo. Dentro de poco será tarde.”³⁹

La reprimenda que Lebensohn dirigía a las “fuerzas democráticas” era, como vemos, sumamente severa. Todas ellas “se gasta[ba]n en palabras de un léxico pasado de moda”, tan incapaz de interpelar y movilizar a la ciudadanía como de desafiar al gobierno de la restauración conservadora. A fines de 1936, Lebensohn mostraría así una fuertísima vocación -muy difícil de encontrar en otros sectores partidarios- por unir al radicalismo a los otros partidos víctimas del fraude. Nada de malo veía que en esa fusión los ideales específicos del radicalismo quedaran desdibujados; por el contrario, sería precisamente ello lo que permitiría resistir de modo eficaz el avance de los movimientos antidemocráticos.

Pese a que Lebensohn seguiría por un tiempo insistiendo en conformar un frente de partidos opositores, pronto comprobaría que derribar las fronteras entre ellos era una tarea ciclópea. Demasiados rencores existían para que pudieran unirse frente al enemigo común. En 1937 el agitado calendario electoral reavivó la lógica de competencia entre los partidos. La UCR, confiando representar a las mayorías, no encontró incentivos para apostar a la alternativa frentista. En las elecciones de septiembre, signadas nuevamente por el fraude, el oficialismo pudo hacer aparecer como triunfador a Roberto Ortiz. La reafirmación del poder de los conservadores y la paralela dispersión de los partidos opositores demostró la enorme dificultad de establecer una línea de clivaje que separara nítidamente a los beneficiarios de la falsificación de la voluntad popular del resto de las fuerzas políticas. Dado ese escenario político profundamente fracturado por diversas líneas de división, Lebensohn se replantearía la modalidad con la cual hacer frente al régimen fraudulento. Más aún cuando al interior del radicalismo comenzaron a gestarse en los primeros meses de 1938 movimientos novedosos que permitían ilusionarse respecto a una posible transformación del partido desde dentro. Un nuevo espacio se abrió entonces para clamar desde la UCR por aquellas demandas que costaba articular desde un frustrado frente partidario.

A modo de cierre

Aunque no se encuentra dentro de los parámetros temporales fijados para el presente artículo, creemos conveniente finalizar con una serie de reflexiones sobre el accionar de Lebensohn en el radicalismo luego de 1938, en orden de poner de manifiesto de qué

³⁹ *Democracia*, 1/8/1936.

modo el joven líder de Junín proyectaría en su liderazgo posterior algunos elementos de su temprana trayectoria política. Dos movimientos surgieron con fuerza al interior de la UCR luego de la asunción de Ortiz: por un lado, diversos núcleos de militantes de la provincia de Buenos Aires establecían alianzas para operar un recambio en la dirigencia del distrito; por otro lado, sectores de la juventud de todo el país, reunidos en torno al gobernador de Córdoba Amadeo Sabattini, establecían organismos propios de encuentro y deliberación.

En ambos movimientos las demandas de “renovación” e “intransigencia” eran el dato saliente. Las dos reivindicaciones estaban estrechamente vinculadas. La “intransigencia” significaba un rechazo a la forma en que la conducción del partido en manos de Alvear planteaba la acción opositora frente a la Concordancia: sin tensar nunca la cuerda de la legalidad, y asistiendo regularmente a comicios que luego eran fraguados, la dirigencia radical conducía al partido -denunciaban- hacia un compromiso cada vez más acentuado con el régimen fraudulento. Las elecciones presidenciales de septiembre de 1937 fueron en este sentido un parteaguas. El talante moderado que asumió el partido después de perpetrada la farsa, y la actitud conciliatoria de sus autoridades frente a los electores radicales que participaron de la Asamblea Legislativa que aprobó la elección, constituyeron para muchos correligionarios la prueba definitiva de que el camino seguido por la dirigencia nacional de la UCR llevaba irremediablemente a ésta a una complicidad cada vez mayor con la república del fraude. Frente a los conservadores y frente a quienes conducían el partido, por lo tanto, sólo correspondía adoptar una estrategia de oposición “intransigente”.

De aquí también la demanda por la “renovación”. El diagnóstico compartido por esta incipiente oposición interna establecía que la claudicación en la lucha por parte del partido se debía a que a su frente se encontraba una dirigencia caduca, “vieja”, que no comprendía las urgencias y necesidades del presente. Era necesario operar, pues, un recambio en ella. En los “jóvenes”, por lo tanto, se depositaban las expectativas de purificación de las prácticas partidarias, de renovación de las consignas, y de restablecimiento de la vocación combativa que otrora había sido el signo característico de la UCR.

Moisés Lebensohn se sumaría con enorme entusiasmo a esta corriente opositora interna que empezó a cobrar fuerza luego de las elecciones presidenciales de septiembre de 1937. Particularmente, el líder de Junín encontraría en la organización de la juventud el modo de canalizar la demanda por la renovación del radicalismo.⁴⁰ Un fuerte componente juvenilista heredado del reformismo universitario había estado presente, como vimos, en sus primeros pasos en el radicalismo. Ahora parecía ser el momento de relanzar el proyecto de reunir a los jóvenes correligionarios en un organismo autónomo de acción. La coyuntura se mostraba favorable para ello: por un lado, el espaldarazo que Amadeo Sabattini estaba dispuesto a dar a una organización de jóvenes a nivel nacional proveería a éstos de los recursos suficientes como para intentar llevar a cabo con éxito esa difícil tarea. Por otro lado, y mucho más importante todavía, la persistente acción del fraude amortiguaba (al menos en parte) la importancia de la “máquina”, posibilitando que un actor por definición desprovisto de anclajes territoriales (como lo es la “juventud”) adquiriese relevancia al interior de un partido que encontraba precisamente en su estructura territorial electoral su principal base de sustento. Fue el fraude electoral, en consecuencia, el que paradójicamente le permitió a Lebensohn fortalecer a la juventud como actor al interior del radicalismo en los años finales de la década del treinta y en los primeros de la del cuarenta. Y sólo asumiendo la representación de ese actor fue que pudo plantear al partido un desafío reformista de tan vasto alcance.

⁴⁰ En cambio, nunca dejó de ser un dirigente secundario del Movimiento Revisionista de la Provincia de Buenos Aires, aunque participó con regularidad de las asambleas organizadas por el agrupamiento.

Lebensohn, en efecto, a partir de su designación como Secretario del Comité de la Juventud Nacional de la UCR en mayo de 1938, articularía un discurso de oposición frontal a las autoridades de su partido, frente a las cuales levantó las reivindicaciones y demandas de una "nueva generación" de correligionarios, la cual, además de poseer el conocimiento sobre las reformas a introducir en el partido, tenía también, según su visión, la vitalidad y el heroísmo necesarios para emprender la lucha contra el atraso. Imbuido de la representación de ese actor que por primera vez pasaba a tener un rol de importancia en la UCR, Lebensohn cuestionaría las prácticas sobre las que se asentaba la maquinaria electoral del partido, y plantearía que, para sacudir su inercia, era necesario que el radicalismo encontrara nuevas "consignas".⁴¹ La justicia social y la "efectiva democracia económica" serían para él los ideales a levantar para convocar a una nueva generación a sumarse al radicalismo. No analizaremos aquí el derrotero posterior de esta apuesta juvenilista al interior del partido. Sólo queremos llamar la atención, para finalizar, acerca de que el fortalecimiento de la organización de los jóvenes fue el modo que encontró Lebensohn de impulsar la transformación del radicalismo que antes, infructuosamente, había intentado impulsar desde la propia estructura radical de Junín primero y desde el contacto de la UCR con las fuerzas de izquierda después. Pese, entonces, a que 1938 representó un significativo punto de inflexión para él, es posible percibir profundas continuidades con su trayectoria anterior en el partido.

⁴¹ Esta fue la expresión que utilizó en su conocido discurso "Problemas del radicalismo. Discurso inaugural del V Congreso de la Juventud Radical de la Provincia de Buenos Aires", pronunciado en Chivilcoy el 24 de mayo de 1942. En: Moisés LEBENSOHN, *Pensamiento y acción*, Buenos Aires, 1956.